

**Y ESE JARDÍN DONDE
PUEDE DESAPARECER A LA VIDA**

SANTIAGO CEVALLOS GONZÁLEZ

severo
EDITORIAL

A quienes escribieron conmigo este relato que no cesa,
inconcluso siempre.

Y de este modo toda la vida
no sería más que una serie de deflagraciones
consagradas a la forma,
y formas consagradas a la deflagración.
CATHERINE MALABOU

Me espanta absolutamente el carácter discontinuo del duelo.
ROLAND BARTHES

Y pululando,
como pulula siempre detrás de toda imagen plácida,
la turbulencia.
DANIELA ALCÍVAR BELLOLIO

Creo comprender que el contenido de ese «toda la vida»
que se dice que pasa ante la mirada del que muere
se encuentra formado por imágenes
como las que el hombrecillo jorobado va acumulando de nosotros.
WALTER BENJAMIN

16 de julio de 1908

Mi apresiadisimo compadrito me alegrare que al resibo destas insignificantes letras se alle con felisidad. Como mi querida Carmelita y Teresita Luisito Leonorsita y Juanita y Rosario y mas familia desa honorable caza.

Querido compadrito aquí todos buenos todos gracias a Dios desiando el berlos resiban finos recuerdos de cariño de Angelita, Felisita, Juanita, Ysabel, Miguel, Manuel y Luz y Soila y mas familia desta su caza; A mi Carmelita me la da un fuerte abrazo, pero fuera de los que acostumbra. Con mucho cuidado no sea que aya peligro, y me le dise que la felisitamos desde esta distancia su feliz natalicio desiandola unos mil años de vida y una felis conserbación en union de su querido esposo y familia yo crei yrme pero se me dificulta mi ida por carinio mando las hocas que no me cuesta nada un brasito de borrego unas dos piñas a que agan aguado unos platanos y unos mortíños a que agan una mortíniada, Le suplico que me da la maquina que el yndio aga cargar con cuidado y unos dos machetes que quedaron hoy.

Con esto desiandoles felisidad y buena conserbación me despido asta tener el gusto berlos su atento y. S.S.

7 de diciembre de 1914

Mi respetado papasito le saludo cariñosamente deseándole esté bien de salud, lo mismo deseo a la señorita Carmela, a Luis y a todos los demás de mi estimada casa. Mi papasito yo mismo le dije ya a la Reverenda Madre Superiora que me diera el permiso de salir por un tiempo asta mejorarme de la enfermedad que le conté que tenía, y no encuentro mejoría ninguna ni con los remedios del médico, así que tenga la bondad de benir nomás pronto que lo que piensa mandarme un traje de salir a la calle, un par de botines, y mande alguien que lleve lo que nesito tener ay pues algunas cositas, contesteme cuando para tener listo todo.

Con esto se despide su hija que tanto le molesta y abusa a su bondad

Dispense mi mal escrito.

Manifiesto al Señor Carrera que he dado permiso a Teresita por algunos días a que salga a curarse.

La Superiora

Le saque al otro día 8 de diciembre de 1914
Javier Carrera

21 de enero de 2017

¿Quiso romper la puerta de la casa? ¿Se enfrentó a esa manija gastada que ahora ya no está más ahí y que descansa en una caja de cartón en la bodega?

Miro desde la vereda de enfrente la casa pintada ahora de blanco, la puerta que habría soportado los golpes de Eines y la nueva manija. El anuncio de arriendo lo quitó hace algunos meses y ahora observo la casa como a un insecto extraño. La lona pegada a la fachada, que anuncia la próxima inauguración del Café Ascázubi, me deja impávido.

Mi padre y Eines se conocieron mucho antes de lo que imaginaba. Estábamos en la sala de espera del quirófano y ella simplemente lo soltó, como si no pudiera sospechar que ese relato construía otro comienzo en nuestras vidas, en la de mi hermano y en la mía. Ella había estado ahí antes de que nuestra vida fuera posible.

Su primer encuentro fue durante una tarde lluviosa en la ciudad. Mi padre salió de la casa de mis tíos abuelos, que ahora solo puedo mirar como un pedazo de mi memoria, sin saber que ese día trazó una línea que llegaría hasta el final de su vida, casi cincuenta años después, en la terapia intensiva de un hospital, con los mismos protagonistas: mi padre y ella. Los sábados con lluvia se empañan en mi memoria.

Recuerdo el sonido de la bocina del auto de mi padre. Él siempre pitaba dos veces. Ese ruido me acompaña desde niño, como el de las campanas que estaban en la entrada de la casa, donde él vivió desde su infancia, y que daban la bienvenida a mi hermano y a mí los sábados por la tarde. Ahora, el sonido de esas campanas aguarda en una caja de cartón en la bodega empolvada y húmeda de esa misma casa convertida en el Café Ascázubi.

Su auto, un Datsun 120Y Tiburón azul, es una imagen intempestiva que irrumpe en la ciudad. En él recorro las calles que mi padre transitaba para llevarnos a su casa y después abandonarnos nuevamente en la de mi madre.

Mientras mi padre estaba en el hospital, nos encargábamos de pagar el garaje del auto. Estaba abandonado a la intemperie, como en un cementerio de autos. Ahora luce como nuevo en su color azul original. Nunca lo había visto así, es como un juguete guardado de la infancia que desempolvamos y no sabes bien qué hacer con él. Tiene en mí, sin embargo, el efecto de una terapia.

Era un domingo por la tarde cuando fuimos a comer. Regresamos a su casa y él estaba extraño. Unos días antes me había dicho que debíamos cuidarnos, que nos querían hacer daño. ¿Quién, Pato? Me dijo que no podía dormir. Yo pensé que era por los dolores de estómago de los últimos meses. Siempre se quedaba rendido de luchar con el dolor y terminaba dormido. Pero esa tarde me dijo que nos querían hacer daño. *Nos quieren hacer daño, Eines*, me comentó con voz entrecortada. Y se apartó a una esquina del jardín de la casa, cerca de las gradas que dan al zaguán. Me aproximé a él, lo abracé y parecía de piedra. No se movía. ¡Pato! Solo podía abrazarse a sí mismo. Toda esa semana no me dejó visitarlo.

Bajo el colchón de mi padre desde el segundo piso de la parte de atrás de la casa, que en algún momento fue una azotea. Lo hago con la ayuda del electricista que está terminando las instalaciones para el nuevo café. Cruzamos el jardín. Regreso a ver y puedo adivinar el cuarto vacío de mi padre. Salimos a la calle y ponemos el colchón sobre el techo de su auto y lo sujeto con una cuerda. Es domingo por la tarde y va a llover. También llovía el último día que estuve con él en su casa, pero era un sábado. ¡Mierda! Si solo hubiera ido antes. Ese domingo en que comenzó a sentirse mal y vomitar negro. Y no casi una semana después, ¡maldito sábado por la tarde!

—Desde el domingo, doctor. He vomitado bilis desde el domingo.

—¿Ha pasado toda la semana así? ¿Hierro? ¿Ha tomado hierro?

—¿Cuál es la edad de su padre?

—Sesenta y nueve años.

—¿Bebe, fuma?

—No, hace más de veinte años que dejó el tabaco y el alcohol.

En parte, por los relatos de Eines en el hospital, sé que ella y mi padre se conocieron aquel primer sábado por la tarde, en una de esas fiestas populares por la fundación de la ciudad. Puedo imaginarlo tomando un largo trago de aguardiente para tener el valor de hablarle. Saca un cigarrillo y lo prende mientras la observa. Algo le gusta de ella. Quizá que no le asusta. Se acerca y le pide bailar. Ella acepta.

—Eines.

—¿Disculpa?

—Ei-nes.

—Patricio.

—Te acompaño a tu casa.

—¿Te puedo llamar?

El primer día en el hospital, ella me contó, en medio de un relato serio, una historia tan ridícula como descabellada acerca del origen de su nombre y una estancia fallida de sus padres en Galicia durante su luna de miel. Yo supe inmediatamente que era mentira. Entendí que, salvo alguna excepción, lo de los nombres propios y otros relatos que iba desplegando para matar el tiempo eran pura ficción.

Eines está sentada y un niño pequeño llega hasta su mesa. Todo sucede demasiado rápido como para que ella pueda reaccionar. El padre llega tambaleándose un poco y recoge al niño. No la regresa a ver. Ella siente como si hubiera muerto y toda su vida pasara por delante de sus ojos. Pero no es su vida. Ella no ha muerto y el niño no es suyo. Es solo de él.

Se volvieron a ver después de mucho tiempo. Tenían algunos amigos en común, así que no se sorprendieron porque siempre se volvían a encontrar. Casi medio siglo de encuentros y desencuentros. Aquella vez en que mi padre siguió a mi hermano hasta su mesa y solo la miró de reojo, porque mi madre lo esperaba afuera. O cuando ella entró a trabajar en la misma oficina que él o cuando tropezaron en la calle y mi padre le contó, de forma apresurada, que mi abuelo había muerto y ella, más torpe aún, le dijo que lo

felicitaba en vez de que lo sentía. Es que ella no podía pensar con tranquilidad cuando estaba con él.

Ahora estaban juntos en la fiesta de excompañeros de la oficina, ellos dos y la anfitriona, habían llegado temprano, quizá porque no tenían nada más que hacer o porque cierta ansiedad inconsciente los carcomía. Eines había regresado hace poco del extranjero. Después de la muerte de su esposo, pasaba el invierno en Quito y el verano allá. No solo le desagradaba el invierno de los Estados Unidos, le tenía pánico.

Una tarde de invierno había salido a caminar en la nieve y se había adentrado en el bosque. Luego no pudo regresar. El bosque helado la invitaba a quedarse allí y dejarse llevar por él, a no pensar en nada, como cuando estaba junto a mi padre. No pensar en nada le sigue pareciendo una idea fascinante, dejarse llevar a una trampa mortal.

—¿Cómo te sientes, John? —le dijo a su esposo.

—Mal, Eines. Tengo una sensación extraña en el pecho.

—Mañana tienes tu cita con el médico.

El día de mañana no llegó para John. El dolor en el pecho se intensificó y cuando Eines lo encontró sentado en el baño era muy tarde. Los paramédicos solo llegaron para comprobar que John había muerto. Ella vive ahora en la casa de John en los Estados Unidos y los hijos de él no la visitan. Eines ya no tiene que pasar tanto tiempo en el país de su esposo fallecido, por eso fuga del invierno y de su trampa de muerte. Pero esta vez es distinto, está contenta de estar allí, porque es verano y debe recoger a mi padre del aeropuerto. Él está sentado sobre el andén de salida del aeropuerto, con las manos alrededor del tórax, como si se abrazara a sí mismo. Al verlo, ella respira con tranquilidad, pensaba que lo perdería una vez más, pero solo fue un malentendido. Ella no había venido en auto como le había indicado a mi padre.

Era tanta su ansiedad que había decidido quedarse en un hotel la noche anterior, llegar temprano a la sala de espera y llevarlo sin sobresaltos a la casa de John, para que conozca a sus amigos.

Unas semanas antes del viaje invito a mi padre a nuestra casa. Es sábado y llega puntual. En su mano tiene un paquete. Es un regalo para mi hijo. Me resulta extraño pues él cumple años un par de semanas después. Me viene la imagen de mi abuelo entregándome un regalo fuera de tiempo, muy pronto o muy tarde, en la puerta de mi casa. Subimos por las mismas escaleras por las que ayudé a subir a mi abuela en el almuerzo de la última navidad. Me pongo triste al pensar que ella nunca más subirá estas gradas. Mi hijo lo espera con los brazos abiertos. Rompe el papel de regalo con emoción y puedo leer en su cara algo de decepción tras encontrarse con un set de dibujo. Ese rostro de decepción lo conozco bastante bien, pienso sin alterarme.

Veo que se sorprenden al comentarles que viajaré a los Estados Unidos. No puedo darles detalles, no me comprenderían. Me siento aliviado por alguna razón al saber que me acompañarán al aeropuerto.

—Cuide a mi nieto, por favor, Esperanza.

No entiendo por qué mi padre ha anunciado su viaje de manera tan solemne, tan anacrónica, como si nunca fuera a regresar, como si fuéramos niños. Nos ha dicho que él ya ha cumplido con sus obligaciones. Intento pensar en otra cosa y no en lo que está diciendo para no arruinar el almuerzo. Cuando mi padre se marcha, comento con mi hermano, con cierto sarcasmo, que pensé que nos iba a decir que tiene una enfermedad terminal. Reímos aliviados.

Ahora vaciamos su casa entre todos, mi madre, mi hermano, mi hijo, mi esposa y Esperanza, la señora que trabaja en las labores domésticas. Encontramos en la cocina varios frascos de medicina natural, sobre todo para el estómago. Recuerdo entonces sus palabras acerca de su fatiga.

Hace varios meses, me entero por Eines, que mi padre tenía dolores de estómago. Pero él quería superar la enfermedad como había vencido todos sus problemas en la vida, martirizándose con ellos, venciéndolos en el dolor. Y también fugando hacia la fantasía. En este caso, lo quiso hacer con la creencia absoluta en la bioenergía, la homeopatía, los planos astrales, la prohibición de recibir transfusiones y un largo etcétera de un pensamiento que se había ido radicalizando en los últimos años, hasta llegar, incluso, al cambio de nombre en una ceremonia taoísta. Lo de los nombres propios es, salvo alguna excepción, pura ficción, pienso una vez más sin inmutarme.

—¿Por qué el señor Patricio me dio dinero para cuidar al niño antes de irse? A él le debía cuidar, ahora solo le sueño y me pasan cosas buenas.

Esperanza fue la primera en soñar a mi padre. Días después de que ella oyera nuestra última conversación por teléfono, el sábado por la mañana antes de ir a su casa, el mismo día en que entró al hospital y hablamos sobre unos pedazos de manzana que había comido y, según él, digerido, Esperanza me llamó para contarme que lo había soñado en la cocina de mi departamento y que mi padre le había entregado unas manzanas verdes para que le prepare una torta a mi hijo. En esa misma cocina mi padre, me enteré algún tiempo después, le había entregado dinero a ella para que cuide a Eduardo. Esa fue la última vez que ella lo vio.

Esperanza me dijo en esa llamada telefónica que su madre le había contado que soñar con manzanas verdes significa que esa persona no se va a recuperar porque esas manzanas no se pueden comer. Cuando recibí la llamada en la sala de espera de terapia intensiva, preferí no pensar en el significado del sueño. Ya había una interpretación y no pensaba competir contra ella.